

BENIGNO JUANES, s.j.

ORAR 6 EN LENGUAS



ORAR EN LENGUAS

Colección
PLENITUD

6

BENIGNO JUANES, ·s.j.

Orar en lenguas

Colección PLENITUD

Con las debidas licencias

Todos los derechos reservados

Actuó sólo como impresor:

Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo

Avda. Vicuña Mackenna.10.777, La Florida (Stgo.) Chile

Mayo de 1994

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

“Hablar y orar en lenguas” quizás sea el aspecto más controvertido del acontecimiento religioso que hoy comúnmente se designa con el nombre de “renovación carismática”. Nos alegramos que este don haya sido y continúe siendo objeto de estudio. La mayor parte de estos estudios se inscriben en un nivel científico o teológico. Al escribir estas líneas miramos el hecho religioso práctico.

Excluimos de esta reflexión el carisma de “hablar en lenguas”, que comúnmente es acompañado del don de interpretación. Deseamos que cada cristiano, al leer estas líneas, encuentre una unción del Espíritu Santo que lo una más fácilmente a Cristo.

Siempre quedará en la oscuridad, como en toda experiencia profunda, lo más sustancial de este don del Espíritu Santo; pero es una aportación valiosa tratarlo y presentarlo al pueblo cristiano. Estamos convencidos del provecho espiritual que puede aportar al crecimiento en Cristo.

ORAR EN LENGUAS

El don de lenguas “es esencialmente un don de oración que capacita a muchos a usarlo para orar a un nivel más profundo”¹.

Un testimonio ayudará a comprender esto: L. Gelpi, s.j., profesor de Teología de la Universidad de Berkeley, y autor de varios libros sobre la Renovación Carismática, narra su caso cómo y en qué circunstancias Dios le concedió el don de orar en lenguas:

“En 1968, mientras completaba mis estudios de Filosofía para el doctorado en la Universidad de Fordham, residía en el edificio Murray-Weigel, donde se alojaban los jesuitas que estudiaban en la universidad. Una mañana de primavera Fr. Fim Powers, s.j., de la Provincia de New England, y yo, desayunábamos en la misma mesa. El se había ausentado por unos cuantos días y le pregunté dónde había estado. Había asistido a la conferencia anual de la Renovación Carismática Católica. Yo había oído algo acerca de este movimiento, pero no había tenido una experiencia personal de él. Me resultó curioso descubrir que una persona como Jim se encontrara envuelto en esto; yo lo juzgaba el más estable y equilibrado de los hombres. Yo simpatizaba cautelosamente con el movimiento, pero tendía a asociarlo con tipos más emocionales que Jim. Le pedí que me hablara sobre sus experiencias con los Católicos carismáticos y lo hizo. Mientras hablaba, yo me

sentía profundamente impresionado. Después del desayuno, me sentí, casi físicamente, empujado hacia la capilla donde me arrodillé para orar. Siguiendo la descripción de Jim de la propia recepción del don de lenguas, comencé a decir para mí mismo rápidamente: “la, la, la”. Para mi inmensa consternación, inmediatamente se siguió un rápido movimiento de lengua y labios acompañado de un tremendo sentimiento de devoción interna”².

Nos hallamos ante un caso en que el don es concedido casi instantáneamente; una respuesta del Espíritu a su deseo y a su cooperación con la que pone a disposición del Señor sus órganos de expresión hablada.

Por este testimonio vemos que en el don de lenguas no se trata de un simple hecho lingüístico; se trata de algo mucho más fundamental que interesa al cristiano en su vida espiritual y en su crecimiento a ejemplo de Cristo con el poder del Espíritu.

Orar en lenguas es una gracia de oración; una manera de orar en que nuestra adhesión a Dios se expresa con sílabas o “palabras” que no corresponden a conceptos, pero sirven de vehículo a los deseos del corazón.

Por esto, el que ora no entiende intelectualmente lo que dice, pero sabe que sus labios expresan su movimiento interno hacia Dios.

El hecho de que por este don podamos alabar al Padre en una nueva profundidad de amor, inexpresable; de que el Espíritu Santo utilice nuestra capacidad fonética para orar en nosotros y con nosotros más allá de la propia debilidad, justifica el deseo de podernos dar a entender lo mejor posible.

1. Lo que no es este don

a) *No responde a un estado de "trance"*

El trance corresponde a una disociación psicológica, es decir, a un estado en que la persona no es dueña de sí, sino que procede por un automatismo o por una sugestión inducida (p. ej.: por hipnosis).

Nos parece que si algo demuestra la experiencia es lo contrario de esta anomalía. La persona que ejercita este don es dueña de usarlo o no cuando quiera y controlarlo cuando le plazca. Este dominio pleno sobre el don avala una conciencia total de sí mismo.

b) *No responde a un estado "extático"*

"El éxtasis comporta una exaltación emocional *que hace al sujeto más o menos inconsciente al mundo exterior y le quita*, en una cierta medida, la conciencia de sí, la capacidad de reflexión racional y el control de sí mismo"³.

L. Christenson aclara: "La idea de que quien habla en 'lenguas' cae en una suerte de éxtasis religioso, *en donde pierde el control de sus emociones y de su persona*, es contrario tanto a la Escritura como a la experiencia. La persona que ejerce este don es perfectamente capaz de guardar el pleno dominio de ella misma y de sus emociones"⁴.

Nos parece de especial valor el trabajo de análisis minucioso y científico que hace de esta materia el P.F.A. Sullivan, s.j., profesor de la Universidad Gregoriana de Roma. Concluye que "la oración en lenguas en Corinto, igualmente que la de hoy, es un hablar ininteligible, pa-

recido a un lenguaje y no a una lengua extranjera desconocida, *ni se produce por un éxtasis religioso*. Aquellos que la practican la consideran bienhechora, en cuanto manera (o forma) de orar, sobre todo en privado. Estamos, pues, fundamentados cuando afirmamos que este fenómeno religioso, del que constatamos hoy día una reviviscencia, es el mismo del que nos habla Pablo en 1 Cor. 12-14”.

“En virtud de esta conclusión, nos hallamos ahora mejor capacitados para comprender porqué Pablo da gracias a Dios por este don, y porqué él expresa su deseo de que todos pudieran recibirlo (1 Cor. 14, 5 y 18). Hoy, en efecto, millares de cristianos pueden dar testimonio de los frutos que esta extraña manera de orar produce en sus vidas. Sin duda, quedan abiertas muchas preguntas: ¿Por qué esta forma de orar es tan bienhechora? Pero la oscuridad del “cómo” no puede, en modo alguno, borrar el hecho de que, para un gran número de personas, ha sido la clave que ha abierto la entrada a una nueva experiencia de Dios en la oración”⁵.

c) No responde a una emoción exagerada (emocionalismo)

El Cardenal Suenens estudia este punto.

“Se objeta a tal oración espontánea su carácter excesivamente emocional. Vale la pena analizar más de cerca tal reacción negativa. Sucede que se rechaza la “emoción” en el modo de orar.

“Siendo así que, en verdad, se trata de una interpretación hecha al carácter personal de la oración. Estamos demasiado habituados al formalismo, al ritualismo, al convencionalismo de la oración inhibiéndonos fácilmente. Tenemos miedo de ser nosotros mismos los que nos enfrentamos con Dios y no menos con los hombres. De ahí el

instinto de defensa que rechaza, bajo pretexto de “emocionalismo”, lo que propiamente no es sino el personalismo vivido en la oración.

“Desechamos el sentimiento de nuestras relaciones con Dios o por lo menos, aspiramos a una plegaria despersonalizada, propia de las iglesias desnudas y frías. No estará mal reaccionar contra el abuso que se hace de la Palabra de Dios que invita a adorar en espíritu y en verdad. Cristo se encarnó; su religión tiene que ser profundamente humana y comprende a todo el hombre. Una piedad deshumanizada no se encuentra en la lógica de la encarnación y es a todo el hombre, incluidos sentimientos a quien Jesús ha venido a salvar”⁶.

No hay estado psíquico en el que no intervenga la vida afectiva. Existe una profunda e íntima interdependencia entre las situaciones afectivas y las otras formas psíquicas.

En la vida normal no hay realmente un estado de perfecta calma, ni de perfecta indiferencia afectiva. Los sentimientos tienen siempre un fundamento más o menos profundo, una causa de mayor o menor poder de respuesta afectiva; los llamamos, ordinariamente, estímulos. Las causas del fenómeno afectivo pueden ser de orden intelectual, moral, religioso... Así surgen en nosotros constantemente sentimientos, respuestas vitales que responden a los estímulos: la simpatía, el orgullo, la vergüenza, los sentimientos religiosos, estéticos... son una respuesta variada a las causas que están en la base y soportan los afectos. Colorean, afectivamente, nuestras percepciones e influyen en nuestra conducta.

Pues bien, si en nosotros se da una respuesta inevitablemente afectiva a todo acontecimiento psíquico, más o menos intensa, ¿por qué vamos a excluirla cuando ac-

túa en y a través de nuestras facultades el Espíritu del Señor? El pone su actuación en la totalidad de nuestro ser, puesto que somos, no un conjunto dividido en compartimentos independientes, sino una totalidad cerrada en los diversos niveles que se interaccionan. El nivel sobrenatural, ciertamente, está por encima del físico y del psicológico; pero todos ellos se ven afectados ante la acción del Espíritu.

No se trata de un “sentimentalismo”, es decir, de una respuesta exagerada, que supera en gran proporción al estímulo. Es la respuesta de todo nuestro ser en su completa realidad afectiva, cuando se siente sacudido por la acción del Espíritu. El actúa elevando el alma a la alabanza; penetra en la intimidad más honda del hombre para potenciar sus capacidades en la adoración al Padre celestial. La persona, en total equilibrio y proporción, responde con su mayor intimidad, poniendo en juego sus más hondos sentimientos. Ella, en lo que los autores espirituales designan “centro del alma”, el “punto más escondido y profundo de su personalidad”, acoge y responde a las mociones del Espíritu, que, discreta y fuertemente, la invita y ayuda a alabar.

No es el mundo de los puros sentimientos; entra en juego su fuente misma; su personalidad toda que no puede menos que remover los sentimientos en una intensidad y profundidad sosegada, desconocida. Esto se nos hace difícil de captar, si no hemos vivido la realidad íntima que somos, actuada por la acción poderosa del Espíritu. Hasta la expresividad corporal queda muchas veces afectada e intenta manifestar lo que los mismos afectos son incapaces de traducir.

Algo que delata admirablemente la presencia y actuación del Señor en nuestro psiquismo, es la naturalidad, la

ausencia de comportamientos inadecuados, la intensidad de oración en un ambiente interno de paz y de sosiego que admira al mismo que se siente actuado por el Espíritu.

Con razón, pues, dice el Cardenal Suenens, que la respuesta afectiva es inevitable a la acción del Señor. La persona responde sin inhibiciones ni represiones inauténticas y peligrosas, sino dejándose invadir serenamente por los afectos. Es la normalidad más razonable. Lo contrario, implicaría anormalidad sospechosa.

2. Lo que es el orar en lenguas

a) *Es un lenguaje no "conceptual"*

En un lenguaje corriente, conceptual, las palabras corresponden a conceptos con que nos comunicamos nuestros pensamientos, imágenes, sentimientos; y designamos los objetos como árbol, prado, montaña. En esta operación somos conscientes, de que las palabras emitidas tienen su propio sentido, lo manifiestan y por él nos relacionamos con nuestros semejantes.

En la oración en lenguas no sucede así. No es una oración discursiva en la que conscientemente utilizamos sonidos combinados de un modo determinado para expresarnos y manifestar nuestro mundo interior a los hombres. San Pablo mismo nos orienta en su sentido: "El que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios" (1 Cor. 14, 2). Se trata de una expresión liberada de los artificios de una lengua construida por los hombres.

Hablar u orar en lenguas, por tanto, no tiene significado en alguna de las lenguas conocidas. Quien habla u

ora conserva su conciencia, pero no comprende intelectualmente lo que dice; ni las personas que lo rodean, si acaso lo oyeren. San Pablo nos dice que tal modo de oración no es conceptual, aunque no emplee esta palabra.

*b) Es un lenguaje que se “asemeja”
a las lenguas conceptuales*

Se asemeja a una auténtica lengua porque sus sílabas y palabras se combinan de modo que, aparentemente, apenas se diferencian de una verdadera lengua. Las muestras tomadas en magnetófono y comparadas con otras, correspondientes al lenguaje conceptual, nos confirman esto.

c) Es un lenguaje para la oración

Todo lenguaje sirve para la comunicación. Por esto la oración en lenguas es un verdadero lenguaje. Aunque sea no-conceptual, es un vehículo para “hablar a Dios”; es un medio para que “el espíritu ore”. San Pablo da gracias a Dios porque tiene este don y pide a sus cristianos que no impidan “hablar lenguas” (1 Cor. 14, 2. 14. 18. 39).

La oración en lenguas expresa sentimientos y pensamientos, pero en este sentido global y general como todo medio de expresión: lágrimas, pintura, música, risa...

3. Elemento religioso y sobrenatural

En esto debemos evitar dos extremos. Estaríamos dentro de un sobrenaturalismo exagerado si pensamos

que el don consistiera en una capacidad radicalmente nueva de formar vocablos y construir una lengua nueva.

El Padre Monlèon se coloca en el justo medio cuando escribe: “El Espíritu Santo se une a nuestro espíritu y no lo sustituye; se sirve de todos los recursos de la naturaleza humana (intelectuales, afectivos, psicológicos, etc...) para hacerla cooperar libremente con su intervención”⁷.

Estarían en otro extremo aquellos para quienes el don de lenguas, desde el punto de vista religioso, se reduciría al uso natural de las posibilidades humanas y a la motivación de emplearlas para alabar al Señor. Orar en lenguas sería pronunciar sílabas por impulsos puramente naturales –pero esta actividad se “dedicaría” a Dios.

La posición única aceptable viene dada por formulaciones como las siguientes:

- a. “No es que el sujeto sea dotado repentinamente de una capacidad milagrosa. Se trata de un mecanismo natural tan simple como cantar bajo la ducha o repetir una melodía sin sentido preciso. El don consiste en “dejarse ir” interior y exteriormente con tal sencillez que permita brotar este lenguaje balbuciente (...). Este brotar se percibe como el don de un lenguaje intensamente personal de alabanza en presencia de Dios”⁸.
- b. “Un don puede ser *una capacidad natural ejercida con el poder del Espíritu y orientada al servicio de Cristo*. Orar en lenguas se halla en esa línea”⁹.
- c. “No se requiere que el don sea “milagroso” para que “sea sobrenatural *para ello es suficiente el que la capacidad natural se ejerza bajo el poder y la inspiración del Espíritu y sea dirigida hacia la construcción del Reino de Cristo*” (por la alabanza)¹⁰.

d. “La novedad consiste en la *animación por el Espíritu* –de forma más o menos extraordinaria– de una capacidad que pertenece a la plenitud de la humanidad. En esta perspectiva, el hablar en lenguas, la profecía, no parecen radical y esencialmente diferentes de la verbalización que se produce también en las culturas no cristianas; su diferencia –como todo carisma respecto de los dones naturales– *por su modo y su finalidad*. Son sobrenaturales no sólo porque están orientados hacia el servicio del Reino, sino porque se realizan por la fuerza del Espíritu”¹⁰. Esta interpretación del documento de Malinas nos parece ser la más clara y exacta, al mismo tiempo que breve y precisa en su formulación.

e. Nos parece especialmente importante el juicio de C. Sagne que citamos:

“Cualquiera que sea el efecto, el contenido inteligible de la oración en nuestra lengua materna, en la que elegimos las palabras y su significación, nuestra oración no es una producción puramente humana que pudiéramos controlar e inventariar de modo exhaustivo. El fondo de nuestra oración se nos escapa: en él está la fuente viva y la última palabra: más acá y más allá de nuestro discurso humano, nuestra oración es la obra del Espíritu Santo que intercede en nosotros con gemidos inefables en favor de los santos según Dios (Rom. 8, 26-27). En la medida en que ella no es una oración “racional”, urdida por nuestra inteligencia, la oración en lenguas nos hace volver al origen viviente y constante de toda oración cristiana: el corazón, nuestro corazón de carne que el Espíritu Santo nos da de nuevo y orienta hacia el corazón de Dios más allá de toda palabra. La oración en lenguas no desciende de nuestra cabeza a nuestra lengua, sino que ella remonta de nuestro corazón a nuestros labios, como desborda-

miento inexpresable de uno pleno de amor: esta descripción sencillamente imaginada tiene una realidad reconocible”¹¹.

f. Quienes poseen el don de lenguas insisten fuertemente en la profunda paz interior, en la elevación interna que la persona experimenta, en la comunión “peculiar” con Dios, en la percepción de la presencia del Señor, en el poder de expresarle, por este modo de orar, su mundo espiritual. En estos efectos, más o menos profundos, pero auténticos, veríamos los signos manifestativos del ejercicio de la capacidad natural “bajo el poder y la inspiración del Espíritu”.

Se trata, pues, en el don de orar en lenguas, de una expresión religiosa que traduce lo inefable: un sentimiento de compunción, de petición, de acción de gracias; de la alabanza y adoración, sobre todo.

COMO DISPONERNOS A ORAR EN LENGUAS

1. Actitudes

a. *Actitud de humildad, de sencillez "infantil", de fe*

Por más que nos sorprenda, difícilmente se llegará a orar en lenguas si no está uno dispuesto a "hacerse niño"; a pasar ante sí mismo por la prueba de la humillación y hasta la vergüenza de sí.

Las reacciones de defensa son particularmente fuertes en relación con este don de la gracia. La misma actitud mencionada, que tan dura suele hacerse, ordinariamente, a los comienzos, es ya un don. Sin él no hay posibilidad de poder orar en el Espíritu. Prestarse a emitir sílabas y palabras sin sentido nos hace aparecer tan ridículos a nosotros mismos que lo rechazamos con energía. No estamos dispuestos a abandonarnos "plenamente" a lo que nos es totalmente desconocido.

"Aquí sucede realmente algo así como una irrupción, como un 'romper el muro del sonido', lo cual exige igualmente un dejar tras sí todo aquello que nos es habitual, un saltar fuera de las seguridades que nos ofrece la barca.

"La primera experiencia exige una gran confianza en la guía del Señor, un vencimiento extraordinario del miedo. Todo lo que es completamente desusado, sospechoso, misterioso, produce temor. Además, los primeros ensayos

son humillantes. Uno se asusta de los sonidos y sucesiones de sílabas que pronuncia, pero cuando todo ello tiene lugar en una profunda actitud de oración, en una total postración ante el misterio insondable de que Dios nos conoce, entonces se realiza, de algún modo, lo que Pablo piensa cuando dice en Rom. 8, 26: ‘Nosotros no sabemos qué pedir, pero el Espíritu Santo ora en nosotros con gemidos inefables’”¹².

Sagne coincide en señalar como actitudes fundamentales las mismas indicadas más arriba: “No es fácil hablar de la oración en lenguas, porque, bien pronto, se convierte en la oración más simple y más ‘natural’ que hay, bajo la inspiración del Espíritu. Tiene por una parte el balbuceo del niño antes de adquirir su lengua materna. Balbuceo no estructurado (...) la oración en lenguas es siempre aquí y allá un camino humilde en el que retomamos lo que hay siempre en toda oración cristiana y continúa existiendo: una presencia amante de nuestro corazón al corazón de Dios por la acción misteriosa e inefable del Espíritu de Jesús que murmura en nosotros: ‘Abba, Padre’, (Rom. 8, 15)”¹³.

b. *Actitud de profunda oración*

Esta actitud, así como las enumeradas más arriba, es igualmente válida para cualquiera circunstancia y etapa en que podamos hallarnos, cuando oramos en lenguas. Ahora resulta especialmente importante cuando se trata de disponernos a recibir el don, si el Señor quiere otorgárnoslo.

De nada sirve obstinarse en la emisión de sonidos. Menos, centrarse en sí mismo lleno de nerviosismo y de temor. A medida que se va creciendo en el don, aprende uno a usarlo sin congoja, con tranquilidad y humildad

profunda ante el Señor. Muchas veces la actitud de oración viene creada por el mismo Espíritu: sentimos en nuestro interior una invitación a alabar al Señor de una manera nueva, indecible, más intensa, más purificada, más honda e indescritiblemente comunicadora de lo que quisiéramos decir, sin lograrlo por nosotros mismos. Entonces es la hora de “ceder” a esta divina invitación. Otras veces, iniciamos, aparentemente, la invitación al Espíritu, pero es él quien, de algún modo, se ha introducido en nuestro deseo. Su respuesta será más o menos perceptible. Lo más frecuente es percibir que un ambiente pacificante va penetrando en nuestro interior; la paz que nos une al Señor se adueña de nosotros; la elevación de la oración se intensifica más y más y es frecuente que, en esta situación y actitud interna, el Espíritu nos comience a iniciar en la oración en lenguas. Quizás de un modo rudimentario al comienzo; pero él mismo se encargará de ir enriqueciendo nuestro lenguaje, a medida que nos vamos entregando a su acción y usamos el don que él nos ha concedido¹⁴.

c. *El deseo de la más pura alabanza*

Orar en lenguas tiene muchas virtualidades: agradecer, pedir, ... Pero lo más íntimo e insustituible de su función es alabar. Por eso es necesario poseer, ordinariamente, esta actitud para que el Espíritu, conforme al designio del Padre, nos lo conceda. No olvidemos, sin embargo, que el Señor es dueño de la persona y de su preparación: a veces irrumpe impetuosamente, sin que, de nuestra parte, haya habido preparación alguna. Pero este caso se halla fuera de lo normal y no debemos presumir que actuará así con nosotros, al margen de nuestra cooperación.

Gentilmente atrae nuestra libertad, manteniéndose a discreta distancia. Por eso siempre podremos ceder a su impulso o rechazar su llamada.

Desde el momento en que el don se nos concede, somos dueños de actuarlo o no. San Pablo no deja lugar a duda sobre este punto (1 Cor. 14, 27 ss.).

2. Condiciones

a. *Creer en el don*

Implica, de nuestra parte, no pocas veces, un desprendimiento de nosotros mismos arduo y difícil. El conocimiento y análisis de la Revelación nos convence de que este don precioso proviene de Dios. En su intención es un carisma para todos los tiempos (Hech. 2, 38-39). Tenemos fuertes argumentos, basados en la realidad, de que hoy el Señor quiere prodigarlo especialmente. Cree, por tanto, en él. Pídele la gracia de desearlo con fe para su gloria, no para exhibición de la vanidad. No supone una santidad mayor en quienes lo poseen. Es un don y la gracia no se ata a actitudes y situaciones de una espiritualidad más acendrada. Pero, una vez concedido, se manifestará su eficacia en la transformación que va operando en tu vida cristiana.

No olvidemos que san Pablo nos exhorta a desearlo y a usarlo dentro del orden: “buscad la caridad, pero aspirad también a los dones espirituales (...). Deseo que habléis todos en lenguas (...). Doy gracias al Señor porque hablo en lenguas más que todos vosotros (...). El que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios (...). Oraré con el Espíritu, pero oraré también con la mente” (1 Cor.

14, 1. 5. 18. 26. 39). “Siempre en toda oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu” (Ef. 6, 18).

Si no admitimos la existencia de la oración en lenguas y la posibilidad de recibir personalmente este don, cortamos de raíz toda colaboración a la acción del Señor. Dios no impone sus dones; nos trata como a hijos y respeta nuestra libertad. Nos invitará, suscitará en nosotros deseos de poseer el don, pero ahí se detiene. No va más lejos, si nosotros lo rechazamos. Es, pues, de gran importancia desechar de nosotros la indiferencia e incredulidad respecto del don. No indica desorden alguno creer en él y desearlo, mientras nuestra intención de usarlo para alabar al Señor sea la motivación prevalente.

b. *Pedirlo*

Y se pide porque se desea. Es una gracia del Señor; no es una adquisición a nivel humano. Para la donación de sus gracias, Dios ha dispuesto, en su providencia ordinaria, que sean objeto de nuestras peticiones. Los Evangelios están salpicados, constantemente, de la exhortación de Jesús a pedirle al Padre con fe, confianza y amor. Santiago nos amonesta sinceramente sobre nuestra conducta en este aspecto de la relación con nuestro Creador y Padre: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Sant. 4, 2).

Esta petición que se apoya, no en la propia fe, sino en la fidelidad de Dios, es, en el plan de salvación divina, esencial, ordinariamente. En el poder y el amor del Señor basamos firmemente nuestra esperanza.

Mas, Jesús nos lanza un reto a primera vista sorprendente, pero sumamente racional, tratándose del amor del Padre hacia sus hijos: pedir y dar gracias como si ya hu-

biéramos recibido el don: “por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc. 11, 24). No es truco, como si tratáramos de manipular al Señor. Es una profunda convicción de que él responderá a nuestras peticiones; de que ya están respondidas, pero que tendrían su efecto en la hora y el modo del Señor. En toda petición hemos de remitirnos a su plan de salvación sobre nosotros. Por eso, sabiendo que somos oídos, dejamos a su providencia responder como le plazca manifestárnoslo y en la hora que juzgare. Ambas cosas pueden y deben armonizarse: suponen una confianza en el amor del Padre y en la sabiduría con que dispone su designio de salvación sobre cada uno y lo realiza a su tiempo.

Insistimos en la importancia de pedir con humildad y perseverancia el don de orar en lenguas: es una gracia para alabar al Padre amado, más allá de nuestras posibilidades humanas. Pero si no lo pedimos, “no creo que esta bendición se reciba si no se desea”¹⁵. Y al auténtico deseo debe corresponder una sencilla y perseverante petición.

c. *Buscar el apoyo de los hermanos experimentados y orar en fe*

Aunque la cooperación irremplazable se halle en nosotros, en nuestra apertura y entrega al Espíritu de Jesús, es muy conveniente verse acompañado, al principio, por alguno o algunos hermanos experimentados. Esta presencia aliviará el temor que suele asediarnos al comienzo.

Pueden, prudente y sosegadamente, iniciarnos en nuestra colaboración para preparar el camino al Espíritu, si entra en sus designios otorgarnos el don. Esta gracia

la comunica, de hecho, frecuentemente, sin valerse de apoyo humano alguno. Hemos presenciado casos de auténtica intervención extraordinaria del Señor que fueron dilucidados a la luz de un discernimiento serio y prolongado.

A veces, el Espíritu Santo interviene de un modo hasta dramático al concederlo. Pero también es frecuente que quiera depender y requiera la cooperación de otras personas. Es como ayudarle a un sujeto a dar los primeros pasos; como estimular y prestar cariñosamente su ayuda a un niño que comienza a caminar. También puede uno mismo iniciarse solo, una vez que conoce el modo de hacerlo.

d. *“Entregarse” al Espíritu Santo*

La palabra empleada en inglés para expresarlo nos parece más expresiva, pero resulta poco castellana. Sería “cederse” al Espíritu. Su importancia la indica Sullivan cuando afirma lo siguiente:

“Estoy convencido de que, en este caso, la gracia divina está verdaderamente actuando: en el proceso que conduce a uno a hablar en lenguas. El hecho de “dejarse ir” en este tipo de lenguaje (aconceptual), puede ser, para muchos, signo de un abandono mucho más profundo al Señor. Puede constituir un umbral que es necesario franquear para entregar la vida totalmente al Señor. Aceptar correr el riesgo del ridículo puede manifestar una disponibilidad a la conversión, a la transformación radical que una nueva Efusión del Espíritu Santo es capaz de realizar en una vida (...). Veo a la gracia obrando, no precisamente en el don de lenguas, sino en la significación de su ejercicio, cuando éste expresa verdaderamente una ac-

itud de abandono a la acción de Dios. *La prueba de que uno ha sido bautizado verdaderamente en el Espíritu se halla, bien entendido, en el cambio de vida que se da, y no en que uno se ponga a hablar en lenguas en el momento en que se ora sobre él*¹⁶.

3. En la práctica

La entrega al Espíritu Santo consiste, fundamentalmente, en prestarle al Señor, en un ambiente de fe, nuestros órganos vocales: laringe, lengua, labios. Lo práctico es: Poniéndose suavemente en la presencia de Dios, centrar en él nuestra mente con deseo sincero de alabarle. Comenzar, sin reparos, a emitir los sonidos que broten espontáneamente, sin preocupación alguna de cuáles puedan ser. Quizá se reduzcan a una o dos sílabas repetidas. Hay que insistir en la importancia de no preocuparse de su significado, pues en realidad, no lo tienen. Son signos de alabanza al Padre en el Espíritu de Jesús. Al comienzo es poco más que un balbuceo infantil; incluso puede juzgarse como algo artificial. Viene a ser como el encofrado que sostiene una placa de cemento; se mantiene hasta que frague. Después, el edificio sigue erguido sin necesidad de apoyos de madera.

Conviene persistir en usarlo para orar privadamente. A medida que es empleado discretamente, su enriquecimiento progresa y llega a convertirse en un lenguaje fluido, que brota, sin dificultad, de nuestro interior. No toda emisión aconceptual de sílabas es don de hablar en lenguas. Se requiere la actuación del Espíritu que nosotros iremos detectando por los efectos ya descritos, de paz, de comunicación y unión con el Señor.

“La base de este método es la fe expectante recomendada tan frecuentemente en la Escritura (Jn. 2, 7-10; Lc. 17, 12-18; Mt. 14, 22-31). Aquí las personas interesadas tienen que dar el primer paso. *Ellos* han de obrar, sin mirar el riesgo de que quizá no acontezca nada y confiar enteramente en la bondad de Dios y en su deseo de actuar. Y puesto que ellos han creído y actuado con esta confianza, descubrieron, para su alegría, que fueron bendecidos con el don”¹⁷.

“Dios es libre en sus dones y puede dar hoy otra cosa o de otro modo que ayer. En verdad, solamente Dios es capaz de inventar, de hacer de nuevo, de volvernos hacia el porvenir, porque él es y permanece en cada momento el Creador y el Salvador. Por esto se da en la Renovación una real innovación espiritual, donde se pone de manifiesto la libertad del Espíritu. El punto de emergencia manifiesta en la práctica la reviviscencia de la práctica de los carismas, comenzando por el don de lenguas. Por esto se nos invita a aceptar, en esta novedad, el acontecimiento de Dios que toma la iniciativa de darnos él mismo un lenguaje para la oración, en un tiempo en que las palabras de la fe parecen vacías de su sentido vivificante”¹⁸.

4. Cómo discernir este don

“Discernir un don” significa verificar que sea auténtico; en este caso, que la oración en lenguas sea signo de la presencia divina, de la actuación del Espíritu Santo.

“La gracia de la oración en lenguas –como cualquier otro don– tiene una aptitud natural como fundamento, a saber, la facultad humana de hablar como tal. Por eso la

oración en lenguas tiene que ser discernida, si es auténtica, como cualquier otro don del Espíritu”¹⁹.

En la oración conceptual hay palabras que tienen un significado, y pueden ser evaluadas en cuanto a su mensaje. Pero la oración en lenguas carece de conceptos.

Existe solamente un criterio para discernir la autenticidad o la falsedad de la oración en lenguas. El mismo Señor nos lo pone en las manos: “Por los frutos se conoce la calidad del árbol” (Mt. 7, 16-18; 12, 33).

Esta forma de oración, a la que recorro regularmente, tiene que producir los frutos del Espíritu, pues él es, precisamente, quien actúa en ella. No se trata de verse mejorado en la vida, porque la haya usado alguna vez. Suponemos un uso regular y frecuente. La oración asidua, la lectura de la Palabra, la frecuencia ferviente de los sacramentos, el cambio de nuestra vida moral, los frutos del Espíritu que van madurando a lo largo de nuestra entrega a la oración y, sobre todo, la caridad, testifican que poseemos auténticamente el don de orar en lenguas. “Yo he experimentado esto en mi propia vida y lo he visto muchas veces en las vidas de los demás”, afirma el P. F. Mascarenhas²⁰.

El hecho de encontrarnos con infidelidades al Señor no es argumento en contra de la autenticidad. Estamos y estaremos en la etapa de una constante conversión al Señor. Pero un buen juicio, sincero para con nosotros mismos, nos manifestará el fruto o la esterilidad de nuestra oración en lenguas. Y entonces tendremos un criterio de segura aplicación.

CANTAR EN LENGUAS

1. Fundamento bíblico

Los autores que tratan el tema están de acuerdo en el fundamento, bíblico. Todos ellos acuden a los mismos textos:

“Recitad entre vosotros, salmos, himnos, cánticos, inspirados; cantad, salmodiad en vuestro corazón al Señor dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5, 19-20).

“Cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados por el Espíritu. Y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre” (Col. 3, 16-17).

“Cuando os reunís, cada cual puede tener un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lenguas, una interpelación; pero que todo sea para edificación” (1 Cor. 14, 26)²¹.

K. Macdonnell nos ofrece una breve referencia, pero rica en sugerencias bíblicas:

“La Efusión del Espíritu puede irrumpir en ‘salmos’, himnos y cantos inspirados, en alabanza y acción de gracias. Debemos, pues, notar que la ‘liturgia del Espíritu’ incorpora los salmos del Antiguo Testamento del mismo

modo que las composiciones cristianas, en variedad diversa, unas veces en forma fijada, otras, en forma espontánea”²².

H. Mühlen, citando los mismos textos anotados, llega a afirmar que cuando el apóstol Pablo exhorta a cantar “cantos inspirados” lo dice a todos los cristianos y no solamente a aquellos que están particularmente dotados de cualidades musicales o que componen himnos de la Iglesia²³.

2. Descripción

El don de orar en lenguas no está limitado ni se agota con el empleo del lenguaje no conceptual. Existe, también, el modo de expresarse en alabanza con el “canto en lenguas”. La diferencia con la manera anterior es su forma melódica: *es orar en lenguas, pero en un ritmo no hablado sino de expresión musical, de notas que se suceden.*

1º *No se trata de una melodía compuesta; menos de una melodía ensayada. Es una irrupción espontánea que, siendo totalmente libre y estando a disposición de la persona cantar o callarse, impulsa discretamente a alabar al Señor de esta manera nueva, elevada y bella, a la vez. Cada persona canta con su voz peculiar, hermosa o no; bien timbrada u opaca. Cada cual con su ritmo propio, y sin embargo, el conjunto total suele impresionar por su belleza²⁴; más aún si a la acción del Espíritu se une la hermosura humana de la voz. Cuando el canto tiene esa moderación de tono que llega a formar un todo uniforme, en la variedad de voces y melodías, *es impresionante el efecto de una calidad de música más allá de lo expresable, y la percepción de una paz interior, suave y fuerte a la vez.**

Aquí podemos decir que solamente la experiencia puede hacernos comprender una realidad totalmente auténtica humana y espiritual.

2º Es muy frecuente que los mismos que han recibido el don de orar en lenguas, tengan también el carisma de cantar²⁵. Viene a ser una modalidad del anterior. Sin embargo, conocemos personas que poseen el segundo y no el primero. Pueden participar en una expresión en la que no pocos intervienen a la vez.

3º *El modo de usar este don es muy variado:* A veces el grupo, casi entero o varias personas, prorrumpen en canto, como si un maestro invisible hubiera dado la señal de comenzar. Puede ser iniciado por una persona de la asamblea a la que siguen otras. No raras veces se usa este don, en determinados momentos especialmente propicios en que se da una profundidad mayor de la oración²⁵.

4º *El uso del canto en lenguas tiene su puesto principal como expresión de alabanza, de amor y adoración; pero de un amor y de una alabanza particularmente intensa.* Ordinariamente se perciben sus efectos de una manera casi tangible: el profundo deseo de alabar al Padre y expresarle con especial amor y pureza de intención el anhelo de todo el ser. Aquí, en esa actuación real y misteriosa del Espíritu, tiene su explicación el hecho de sentirse uno interiormente impulsado con más fuerza a alabar al Señor y a manifestárselo del modo más bello. Toda la persona participa y parece no haber un átomo en nosotros que no se ponga en actividad para alabar al Señor con el canto de lenguas.

5º Nuestra experiencia más frecuente es haber oído a una gran parte de la asamblea prorrumpir en un canto de alabanza, dentro del grupo de oración –*en momen-*

tos en los que la densidad y fervor de la oración había tocado un nivel que parecía requerir una suprema elevación y profundización.

A juzgar por el tono de la entrada en acción de todo el ser, en la más sosegada y pacificante manera, la oración toca el fondo mismo de la persona.

Es frecuente también en los grupos de oración, que se haga presente el canto en lenguas cuando celebran la Eucaristía. Suele ocurrir este hecho después de la elevación para adorar, terminada la Consagración, y más particularmente, después de la recepción del Señor. En ambos casos el canto en lenguas es la expresión de una adoración profunda y de una acción de gracias singularmente intensa. Toda la asamblea se halla sumergida en una comunicación íntima con Jesús, recibido con fervor, y el Espíritu suscita este modo peculiar de agradecerle su amor. Entonces es cuando los cantos se tornan especialmente hermosos.

6° *Cuando termina el canto en lenguas sentimos que está pidiendo un silencio más o menos prolongado.* Entonces el alma se sumerge en una adoración dentro de un silencio íntimo, al mismo tiempo que los presentes se abren a mensajes del Señor.

7° *No son pocas las personas que utilizan el canto en lenguas como entrada en su oración "privada", para facilitarla y ponerse en actitud de humildad, de abertura y disponibilidad a la acción del Señor.* Es una entrega de todo el ser. No hemos de tener reparo en usarlo privada y discretamente, siempre que sintamos el movimiento interior hacia una alabanza y adoración profunda.

8° Sorprenden los testimonios de algunos santos Padres que parecen tocar el tema del canto en lenguas o de acercarse a una realidad muy próxima a ella.

Citamos a san Agustín que nos habla de la “jubilatio”, o sea, la expresión de nuestro júbilo, o regocijo.

“Qué significa cantar con regocijo? Entender, porque no puede explicarse con palabras, lo que se canta en el corazón. Así, pues, los que cantan ya en la siega o en la vendimia, o en algún trabajo activo o agitado, cuando comienzan a alborozarse de alegría por las palabras de los cánticos, estando ya como llenos de tanta alegría, no pudiendo ya explicarla con palabras, se comen las sílabas de las palabras y se entregan al canto del regocijo (...). El júbilo es cierto cántico o sonido con el cual se significa que da a luz el corazón lo que no puede decir o expresar. Y, ¿a quién conviene esta alegría sino al Dios inefable? Es inefable aquel a quien no puedes dar a conocer, y si no puedes darle a conocer y no debes callar, ¿qué resta sino que regocijes para que se alegre el corazón sin palabras, y la intensidad de la alegría pueda sobrepasar los límites de las palabras?”²⁶.

BENEFICIOS DE LA ORACION EN LENGUAS

Sin dejar de ser primordialmente oración de alabanza y dentro de este contexto de comunicación con el Señor, orar en lenguas es una fuente de efectos muy beneficiosos. Tratemos de expresar estas realidades:

1. En lo psicológico

1. La emisión de sílabas no conceptuales, que rompe con la expresión convencional y utilitaria de la lengua propia, tiene un valor de liberación, desde el punto de vista meramente psicológico. Psicólogos tan destacados como G. Jung, M. Kelsey, W. Sargant, etc., lo afirman. *Para ellos este fenómeno*, que abarca la pronunciación de palabras, su expresión espontánea, libre, arcaica, *la dimensión estética*, “análoga a la que tienen las artes y la poesía, *hace de cortocircuito de la razón y se hunde en las fuentes subconscientes que algunos designan con la palabra “inspiración”*²⁷.

Pues bien, en este cúmulo de realidades que constituyen su esencia psicológica, es donde se encuentra su función liberadora frente a las resistencias internas, los bloqueos, las alienaciones psicológicas.

Es “la voz del subconsciente (...). Una expresión (del mismo) como lo son también los sueños, la risa, las lágrimas, la pintura, la danza. Todo ello tiene lugar en las

profundidades de nuestro ser: de donde procede un efecto de profunda curación interior que es, a menudo, reconocido: curación de traumatismos ocultos que impiden el desarrollo de la vida interior” (Card. Suenens).

Pero esto, se dirá con razón, no es orar en lenguas. Ciertamente. Se trata solamente, hasta ahora, de su aspecto psicológico. El efecto, sin embargo, a este nivel es altamente liberador.

Damos ahora un salto a otro nivel superior: el religioso. Estamos, por tanto, dentro de la acción del Espíritu que acompaña estos sonidos no conceptuales y los utiliza como instrumentos de alabanza, adoración, acción de gracias al Padre, por Jesucristo. El Espíritu se inserta en este material que le ofrecemos para ayudar nuestra pobre oración con sus “gemidos inefables” (Rom. 8, 26) ante Dios, intercediendo por nosotros, en nosotros y con nosotros. Nos hallamos, pues, dentro de la oración en lenguas.

El argumento no deja de tener una fuerza incontrastable. Si, como simple realidad psicológica, la emisión espontánea de sonidos no significativos tiene un valor liberador, reconocido por los especialistas en la materia, *mayor será el que poseen cuando es elevada a un nivel más allá de lo meramente psicológico.*

La acción poderosa del Espíritu que ora vivificando espiritualmente con su fuerza estas expresiones, tiende a llevarnos y a profundizar nuestras relaciones con el Padre; a sumergirnos en la comunicación con Jesús a una profundidad antes, quizás, desconocida para nosotros. *Su acción se extiende, en un presupuesto indispensable, a aliviar, eliminar los obstáculos que, aun por su realidad psicológica, obstaculizan, de hecho, esa relación profunda, filial, íntima con Dios y con Jesús*²⁸.

Por otra parte, *esta misma acción del Espíritu que suscita y acompaña la manera misteriosa de orar, actúa en lo más profundo de nuestra personalidad. De allí arranca la oración en lenguas: desde lo más hondo de nuestro ser, del "yo" profundo.* Ser unitario, total, sin divisiones, pero con niveles distintos que se interinfluyen. Por eso la *profundidad de este lenguaje, en el aspecto psicológico, se ahonda bajo la acción del Espíritu.* Del centro mismo donde él, hablando a nuestro modo, tiene su morada, de allí brotan nuestras expresiones; porque es él quien las suscita. Lo más íntimo del subconsciente es tocado por la acción del Espíritu y la eficacia liberadora del aspecto meramente psicológico, se hace ahora más intensa.

En resumen: "La glosolalia tiene un valor liberador. Desde el punto de vista religioso, libera a la persona de inhibiciones, frente a los hombres y a Dios mismo: de su respeto humano y de su temor a dirigirse a Aquel que sobrepasa toda expresión; y ésta suscita el dinamismo interior en su doble dimensión mística y apostólica. Esto es un hecho de experiencia cotidiana"²⁹.

2. Cuanto hemos dicho, más bien en forma negativa, se puede expresar positivamente, complementándolo: "*La oración en lenguas reconstruye la personalidad entera*". Tema realmente sugestivo y de importancia.

Tenemos que admitir, si queremos probar y persuadirnos de algo en este punto, que la acción del Espíritu Santo penetra en lo más profundo de todo nuestro ser: sobrenatural, psicológico, físico. Por más agazapado que se encuentre el subconsciente, hasta allí entra el Espíritu con su acción vivificante y sanadora.

Pues bien, a partir de este hecho, puede diversificarse su acción en multiplicidad de realidades que nos seña-

lan los especialistas: Una de ellas es lo que alguno en expresión bella y exacta ha formulado con *el “despertar” del corazón profundo*.

Es decir, la infusión de una nueva energía en todo el ser: inteligencia, sensibilidad, imaginación, voluntad. Un acrecentamiento de poder, una orientación hacia el Señor. Un equilibrio, una armonía en todas las facultades que se opera progresiva y constantemente a medida que le permitimos actuar a fondo. Una cordialidad que no se confunde, en modo alguno, con la “emocionalidad”; una sensibilidad que se afina y se controla, a la vez. Y como resumen de esta actuación “una conversión” entendida en toda la amplitud de la palabra que abarca el campo sobrenatural, mental, afectivo. Por tanto, curación, en la intimidad del ser, de las desviaciones, heridas, obsesiones..., acumuladas desde la infancia y aun antes. Liberación de esa inmensa grey de parásitos maléficos que todos llevamos ocultos en lo profundo del subconsciente.

De más está decir que en estas afirmaciones no se detienen ni desestiman los beneficios de una psicoterapia oportuna. Al contrario, ambas realidades pueden coexistir y ayudarse mutuamente. Son campos distintos que no conviene invadir inconsideradamente, so pena de errores lamentables, sin embargo, la acción profunda del Espíritu Santo en toda la persona es a veces el único modo de resolver problemas que la ciencia meramente humana trata de solucionar inútilmente.

No está lejos la hora, creemos, en que ambos modos de abordar y de ayudar la reconstrucción de la “personalidad”: el humano y el divino, se alíen en fraternal cooperación y complemento, sin entremezclarse, permaneciendo cada uno en su propio nivel, pero completándose y haciendo más eficaz la propia ayuda³⁰.

3. Otra matización de la obra del Espíritu es la *apertura a un poder real que actúa en lo íntimo del hombre: el del Espíritu* (ahora referido al don de lenguas).

Nada hay tan dañino y opuesto a una curación interior, a una “reconstrucción” de la personalidad, como el cerrarse sobre uno mismo. La acción del Espíritu Santo, sin limitarse a esto, si actúa sobre todos los niveles más profundos de la personalidad: allí donde ésta se unifica.

Ese dominio escapa, muy frecuentemente, a los métodos más sutiles de la ciencia humana. Se dan aperturas aparentes, no reales; parciales, no totales. La actuación del Espíritu del Señor, sin tocar la libertad, que puede negarse a una apertura, es, muchas veces, intensa; facilita, ayuda, mucho más de lo que ordinariamente se cree y se experimenta, a que la persona se deje penetrar por la iluminación de su luz siempre sanadora y reconstructora. *Es una modalidad preciosa de la salvación de Jesús que “salva” al hombre total.* Sin esta apertura, preparada y facilitada por la gracia del Espíritu, la persona continuará sumergida en sí misma, limitada a sus propios recursos³¹.

4. Otra manifestación de la acción del Espíritu es lo que podemos formular como “*sensación (percepción) de Dios*”: Se trata de la gran realidad de poder recibir a Dios, aun cuando sea solo mediatamente. Esta “sensación”, gracia del Espíritu, efecto de su presencia, se hace sensible en forma de paz profunda y sosegada que lleva al Señor; de gozo, de alegría intensa. Su calidad es muy distinta del gozo del arte, del hallazgo científico, de la amistad.. Dios está siempre de por medio; hacia él, de un modo más o menos perceptible, somos orientados y aun sumergidos en profundidad y pureza inefables.

Pues bien, nada hay que destruya tanto la personalidad como los sentimientos negativos: el odio, la envidia,

la amargura... Es una división interna la que se engendra para aplastarnos y aniquilarnos. Por el contrario, *el valor terapéutico de la paz en el Señor, del gozo de vivir en su presencia y bajo la acción de su poder y de su amor, toca lo más hondo y "fino" de la persona.* Todo el mundo de las emociones se ve saludablemente afectado. Y, a la vez, toda la gama de virtudes fundamentales cristianas parecen ir surgiendo a la luz y al toque del Espíritu, cuya misión fundamental es transformarnos en Jesús.

Esta percepción de Dios por el Espíritu actuante en nosotros va haciendo saltar las barreras ocultas que se acumulan en nosotros, plantadas en el subconsciente.

La paz y el gozo del Señor facilitan esta necesaria tarea de "derrumbe" y desescombros. Pero, a la vez, que nos despojan de los daños, de lo que nos destruye, *van infiltrando los sentimientos, las motivaciones, el modo de ser de Jesús. Nos van modelando por dentro y por fuera.* Son un admirable instrumento que el Espíritu maneja con suavidad y destreza para reconstruimos, en este reposo del amor de Dios infinito³².

Se da por tanto, una "recreación" de todo nuestro ser por la fuerza del Espíritu que se halla a la obra mientras toda la persona se ocupa en alabar al Señor con el don de orar en lenguas. El Espíritu como un hábil cirujano que destruye lo infectado y muerto del organismo y pone, en su lugar, injertos sanos mientras el paciente vive otra realidad en su interior.

No tenemos porqué extrañarnos de que aun nuestros sentidos se vayan transfigurando, porque la acción del Espíritu es a todos los niveles. Y lo más profundo del hombre aflora y se manifiesta en lo más externo y tangible del ser: su cuerpo, la mirada, la sonrisa, el saludo fraternal.

Las dificultades que nacen de nuestra corporalidad, aun las mismas enfermedades que padecemos en nuestro organismo, indicadoras de una personalidad no plenamente sana, quedan de algún modo, afectadas.

No olvidemos que los planes salvadores de Dios pueden ser muy distintos de los nuestros. El tiene poder para restaurarnos de modos diversos a los que nosotros creemos necesarios, sin que los medios humanos que él ha creado y nos ofrece, sean límite para su acción. El puede infundir y profundizar en nosotros la fuerza y las virtudes que nos hacen capaces de testimoniar su “señorío”; su amor..., aun en medio de una corporalidad agotada, herida, enferma.

Quedémonos con esta persuasión muy profunda: la acción del Espíritu en nosotros por el despertar del corazón, por la apertura, por la percepción mediata de Dios en su Espíritu actuante, reconstruye a fondo nuestra personalidad; con la alegría que nos infunde, con la iluminación curadora de su luz, con el gozo y la alegría que suscita nos va transformando progresivamente. *Y todo esto se realiza también, y muy especialmente, en la obra del Espíritu cuando nos empleamos intensa y pacíficamente, en alabar al Padre con el don de orar en lenguas*³³.

2. Beneficios de santificación

Esta rica virtualidad del orar en lenguas no se da al margen de la alabanza, sino dentro de ella. Tratemos de describir brevemente su contenido y el por qué.

1. Ya se ha indicado suficientemente que el orar en lenguas es un don que beneficia a la persona y a la comunidad.

Pues bien, esta forma de orar es esencialmente una alabanza dada por el Espíritu Santo “como signo de una nueva irrupción de su gracia”³⁴.

En este supuesto, la acción del Espíritu en su don no puede menos de manifestarse en una mayor “edificación” personal. La misión del Espíritu no es acapararnos para él; es, en definitiva, llevarnos a Jesús: a su conocimiento y amor; a una conformación de nuestra vida con la suya, a una “cristificación”.

Esta forma de oración contribuye mucho en aquellos que la practican, a entrar en una oración continua, una oración del espíritu según el Espíritu; así crecen en su edificación personal, es decir, en esa lenta transformación, a menudo insensible, en la que todo el ser, toda la vida se convierte en oración y expresión de la filiación divina³⁵ (cfr. Rom. 8, 26-27 y 15; Gál. 4, 6).

2. Cuando nosotros oramos en lenguas, “hablamos misterios de Dios” (1 Cor. 14, 2). Nuestras propias palabras se vienen abajo y, por medio de la acción del Espíritu, a través de los sonidos articulados del orar en lenguas, glorificamos a Dios mucho más profundamente de lo que podemos comprender³⁶.

Pues bien, esta glorificación del Señor, en el poder y amor del Espíritu, no puede menos de transformarse en una acción santificadora. Toda actuación de Jesús en nosotros por el Espíritu es llevarnos al Padre. Es la meta última de toda su misión, que continúa, ahora glorificado, por el envío de su Espíritu. Cada nuevo envío de éste por Jesús, opera en nosotros, los frutos que son propios y exclusivos de su acción.

3. Evidentemente, y es doctrina común en la Iglesia católica, la perfección de la vida cristiana no está en

“sentir profundamente” al Señor ni en tener la percepción de su presencia, sino en cumplir su voluntad a ejemplo de Cristo Jesús. En último término, la santidad de la vida del cristiano se halla en la perfección de la caridad³⁷.

Esta afirmación unánime de los santos y autores espirituales no niega la ayuda de la “consolación”: la paz en Cristo, la profunda alegría que puede embargar al alma agraciada con la presencia de Dios.

Es indudable que estos dones de la gracia, usados debidamente, pueden ayudar mucho a expansionar el corazón, todo el ser; a elevarlo hacia el Señor. San Ignacio, tan austero en su doctrina del seguimiento de Cristo y, al mismo tiempo, tan humano y evangélico, no duda en animarnos a pedir *el gozo del Espíritu sobre nosotros, como fuente de asimilación de las maneras de Cristo, de nuestra adhesión interior por el conocimiento y el amor, que desembocarán en un seguimiento purificado de su vida*³⁸, y que incluyen, necesariamente, los compromisos para con nuestros hermanos.

La misma paz del Señor es una disposición que favorece la apertura del alma a la acción de la gracia. No olvidemos que la oración más repetida de la Iglesia y que desea tengamos constantemente en nuestro corazón, es precisamente la petición del amor, del gozo que brota de la paz profunda derramada en nuestros corazones por el Espíritu: “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”.

4. S. Tugwell, afirma: *“De hecho, orar en lenguas es un arma de guerra contra Satanás y contra nuestras pasiones, precisamente, porque es una oración de paz”*. La paz del Señor está ya establecida; en la oración la actuamos contra todo lo que no es paz (Sal. 83) (...). La batalla es ganada por Cristo; y es nuestra fe la que hace real su vic-

toria en cada situación particular. Orar en lenguas es un acto de fe; podemos clamar poderosamente por esta victoria y establecerla de un modo efectivo, cualquiera que sea nuestra necesidad en cada circunstancia”³⁹.

5. Algunos testimonios para corroborar las afirmaciones anteriores:

“Hablar en lenguas es, ante todo, una práctica de devoción. Edifica al creyente en su fe. Así, orar en lenguas, lo más frecuentemente, como oración privada, es una fuente de gozo y de fuerza. Orar, entregándose al Espíritu permite orar mejor, después, con la inteligencia. En la alternancia de esta y dos dimensiones de la oración y de la alabanza se opera el crecimiento y la madurez espiritual”⁴⁰.

“Orar en lenguas abre al creyente una nueva y gloriosa dimensión (...). Aunque no se sabe lo que se dice cuando se ora en lenguas, se percibe claramente que se dirige uno a Dios por la oración. Esta conciencia viva de la presencia de Dios es una de las más grandes bendiciones que se recibe, gracias a esta experiencia”⁴¹.

“Lo importante de este testimonio (dado más arriba) es ver que, aun cuando las lenguas mismas no se ocupan en pro de otros, la fe nueva da un nuevo anhelo de servir a Jesús en su Cuerpo”⁴².

Es indudable: orar en lenguas, cuando se hace en una fuerte acción del Espíritu, viene a convertirse en una realidad esencialmente comprometedora con nuestros hermanos, especialmente con los que más necesitan ser ayudados, en cualquier dimensión de sus vidas. Y esto, no como algo sobreañadido a la misma alabanza en lenguas, sino como un efecto santificador de la acción del Espíritu en ellas.

De nuevo hay que volver sobre la misión del Espíritu de Jesús que es, resumida, llevarnos a él, conformarnos a su imagen en nuestras vidas concretas. Esta gloriosa misión la ejerce constantemente, siempre que le damos oportunidad y le permitimos ejercitarla. *El Espíritu de Jesús por lo tanto, ora en nosotros y con nosotros, pero, al mismo tiempo su acción de alabar al Padre en Jesús, va poniendo en nosotros los sentimientos de Cristo, y moviéndonos a actuar cristianamente a su imitación.*

El compromiso con los demás, especialmente con los más necesitados, no es solamente exigencia de la fe "dinámica" cristiana y de la auténtica caridad, sino también de la poderosa actuación del Espíritu que se irradia a todo el ser del hombre para configurarlo según Cristo.

La experiencia de muchas personas que usan rectamente del don de orar en lenguas, confirma los testimonios aducidos.

Puede aplicarse a la transformación que produce el orar en lenguas, lo que se afirma de la Sagrada Escritura: El contacto con la palabra de Dios lleva a un cambio de la vida y a una lenta asimilación de Cristo. Hay en ella una presencia misteriosa, pero real de Cristo. La constitución sobre la Sagrada Liturgia lo subraya fuertemente⁴³. Pues bien, este contacto vital con la palabra, en fuerza de la presencia del Señor, nos va asimilando a él imperceptiblemente.

Podemos afirmar, analógicamente, que este mismo efecto se produce por el hecho de orar en lenguas, bajo el influjo del Espíritu: actúa en nosotros a través de los signos articulados, como elementos materiales asumidos por él para glorificar al Padre. El contacto con el poder del Espíritu no puede menos de dejar su huella en quie-

nes le “prestan todo su ser para que él glorifique “inefablemente” al Señor.

Lo menos importante es que uno mismo pueda captar ese crecimiento y transformación. Lo que, realmente, cuenta es la realidad. Esta se verifica cuando, con la humildad de “pequeños e insignificantes”, nos ponemos en sus manos. El nos toma, con cuanto somos y tenemos, para alabanza y gloria de Dios.

Resumimos lo dicho con L. Christenson: “Aunque el hablar en lenguas es en sí una gran bendición y trae gran gozo al creyente, sin embargo, las bendiciones más importantes son los resultados que provienen del hecho de orar en lenguas: Pablo las resume al decir: ‘El que habla en lenguas, a sí mismo se edifica’ (1 Cor. 14, 4). Mientras se ora en lenguas, o mejor dicho, a través de las oraciones en lenguas, el Espíritu comienza a obrar muchos cambios en la vida. Uno se da cuenta, más y más, de las realidades espirituales, que se efectúan sin un esfuerzo consciente de nuestra parte”⁴⁴.

ALGUNAS INDICACIONES PRACTICAS

1. Desde luego, orar en lenguas no es el único modo de comunicarse con Dios. Orar y cantar en lenguas son solamente dos formas de oración. Deben emplearse junto con otras.

Hay muchas maneras de orar avaladas por una tradición secular, que constituyen un verdadero tesoro de variedad y riqueza en la Iglesia de Cristo.. Unas están inscritas en la Liturgia; otras, fuera de ella, pero todas indican las inagotables formas de comunicación con el Padre celestial. Por eso, usar y crecer en el modo especial de orar en lenguas, lleva a usar y crecer en otras maneras, más o menos tradicionales, sobre todo en la oración privada encuadrada en la Palabra de Dios. Es un hecho fácilmente comprobable y uno de los frutos de la oración comunitaria, dentro de los grupos de oración, y de la gracia de orar en lenguas. Con más razón, reaviva la oración por excelencia: la Eucaristía.

2. No se debe menospreciar este don. Además de las virtualidades que tiene y de los bienes que aporta, es la entrada por donde el Espíritu suele introducirse con otros carismas superiores. Recibir y usar otros dones: profecía, curación... están exigiendo una actitud de fe. Aceptar y usar el don de orar en lenguas es entregarse en fe a la acción del Espíritu. Por eso se da por válida la afirmación precedente. Sin embargo, no es un pre-requisito indispensable para recibir otros carismas.

3. Tampoco ha de supervalorarse el don de que hablamos. Llevaría a asignarle una importancia que está fuera de la mente de Pablo y afectaría al verdadero crecimiento en el Espíritu. “La oración en lenguas se considera como un don recibido y se le integra en la totalidad de la vivencia cristiana y de la expresión de la oración”⁴⁵.

4. Como una posición equilibrada de los sujetos que oran en lenguas debería ser ese justo medio entre dos extremos ya descartados: Ni aprecio exagerado ni indiferencia ante él. Ni Pablo, ni la Iglesia en sus orientaciones caen en uno de los dos extremos. Permanecen equilibradamente colocados en la difícil armonía. Pisan con seguridad en esa “medura” que debe ser una característica de aquellos a quienes el Espíritu Santo ha enriquecido con algún carisma.

5. Hemos de guardarnos cuidadosamente, llevados de un celo imprudente, de importunar a los nuevos para que pidan este don de la gracia. Al principio, al menos, en ciertos ambientes y grupos, no se debería hablar nada de él.

6. Recordémoslo, para que nuestras ideas sobre el don de orar en lenguas se vayan clarificando más y más: Orar en lenguas no es de carácter estático. Además, el don queda a merced de quien lo posee: puede emplearlo o no; cesar en su uso o continuarlo: “Los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas” (1 Cor. 14, 32). Esta expresión paulina debe aplicarse también al don de orar en lenguas. “En caso contrario, se trata de falsos profetas, de falsos carismáticos, porque el Espíritu de Dios es un Espíritu que libera, no aliena”⁴⁶.

7. A medida que un grupo carismático madura y se interioriza, el uso de orar en lenguas se va haciendo muy equilibrado; tiene una nota saliente de moderación;

y en las celebraciones litúrgicas se ejercita en su puesto más apropiado o se omite. Se va aprendiendo a no prescindir del auditorio que nos rodea y, por tanto, a usarlo, omitirlo, acomodar la totalidad y la duración de modo que siempre prevalezca la edificación de la comunidad en la que nos hallamos insertos.

8. A cuantos aspiran al don o lo usan, es importante recordarles constantemente el puesto fundamental de la humildad. El agraciado con el carisma de lenguas no es, espiritualmente, superior a los demás que no lo poseen. Es un don del Señor gratuitamente concedido. Lo importante en la vida espiritual es cumplir la voluntad del Señor a ejemplo de Cristo y ser conducidos en todo por la caridad (1 Cor. 13, 1-13). Sin ella nada somos ante Dios. El capítulo paulino anteriormente citado debe ser leído y releído por todo cristiano.

9. No se descarta la posibilidad y aun la realidad de que la oración en lenguas degenera en ostentación y sensacionalismo. Contra esto debe ser prevenido discretamente, no alarmantemente quien posee el don. Se trata de un alerta sosegado sobre sí mismo, para proceder en todo conforme al "orden y decencia" de que habla san Pablo (1 Cor. 14, 40). Desde el momento en que se incurre en este error: del desorden y la ostentación, la oración deja de ser alabanza en lenguas, para convertirse en un simple parloteo; deja de ser oración.

10. Hay quienes reciben el don de orar en lenguas pero tienen dificultad en usarlo. Unas veces esto proviene de cierto miedo o dificultad en "entregarse" al Espíritu. Otros, encuentran su mayor obstáculo en hacerse "niños" ante el Señor de toda grandeza, y Padre infinitamente amoroso de sus hijos. No pocas veces puede suceder, que el tiempo y la falta de asiduidad en usarlo creen una pere-

za que, insensiblemente, se introduce pasada la “novedad” del don. Otras veces, la dificultad habrá de buscarla en un bloqueo espiritual: puede provenir de una preocupación excesiva por alabar al Señor con toda pureza e intensidad. La obra del “maligno” también se hace presente contra una oración que se orienta a la gloria del Señor. En todas estas dificultades es muy apreciable la ayuda que pueden prestar los hermanos que han recibido el don y tienen experiencia para ayudar fraternalmente a los que se hallan en apuros.

11. Si alguna vez se utiliza públicamente el orar en lenguas, v. g., antes o dentro de una oración de intercesión, es muy conveniente tener en cuenta el auditorio que se tiene delante. Cuando la mayor parte de la asamblea se compone de personas que, por primera vez, van a oír este extraño lenguaje, hay que discernir con toda prudencia si debe de usarse o no; se ha de tener presente también el modo y la duración, caso de emplearlo. Tenemos que prevenir, serena y discretamente las probabilidades de rechazo o del impacto negativo. Por otra parte, no olvidemos que se puede usar orando en silencio.

12. El solo hecho de poder orar en lenguas no basta para que se convierta en signo del Espíritu. Debe ser discernida su autenticidad con los criterios generales de que se habla en otro lugar.

13. Bien usado, como ya se indicó, debe contribuir a la santificación del agraciado con el don, e, indirectamente, a la “construcción” de la comunidad del Señor.

14. Conviene volver a releer lo que tan acertadamente afirman los esposos Ranaghañ, cuando hablan de la Efusión del Espíritu Santo; esto es plenamente aplicable al orar en lenguas: “El fin del Bautismo en el Espíritu, no es hablar en lenguas, sino acrecentar, en Cristo y por

medio de él, nuestro amor a Dios y al prójimo. Cristo es el que ocupa el lugar central. De él queremos dar testimonio y no de las lenguas o de las curaciones. Pero si estos fenómenos, como sucede con frecuencia, suscitan un aumento de vida de fe, alabaremos a Dios en ellos, puesto que son entonces verdaderamente dones y ayudas para la comunidad. Considerados en sí mismos, sin relación a Cristo o al amor que él nos manda tener para con el prójimo, son nulos y sin valor. Cristo es su origen; su fin es el acrecentamiento de la fe y la edificación de aquellos que forman con nosotros el Cuerpo Místico de Cristo, en el mundo de hoy”⁴⁷.

15. No hemos de ser ni tan temerosos ni tan perfeccionistas que prefiramos suprimir el don de orar en lenguas, con tal de que no se produzca abuso alguno. Errores y abusos los ha habido y los habrá en el uso de los carismas. En la misma comunidad de Corinto, tan favorecida por el Señor con los más excelentes carismas, también se produjeron desórdenes y usos fuera de tono. Pablo escribe su carta admonitoria. Reconoce los abusos; intenta seriamente corregirlos, pero no trata de suprimir los dones del Señor. Aboga e insiste seriamente en el orden y buen uso de los carismas. Hace la parte que le corresponde, pero no para “sofocar el Espíritu”. Este es el ejemplo que hemos de tener siempre presente. Nuestra vanidad y el interés que tiene el Maligno en echar a perder los dones del Señor se harán presentes, más de una vez. Pablo nos anima a velar, a corregir, a ordenar... todo según Dios. Si hemos de correr algún riesgo, sea un riesgo prudente y razonable, con garantías suficientes de éxito en el Señor. La comunidad, por su parte, debe ser instruida serena y constantemente sobre el buen uso de los dones. El discernimiento será siempre imprescindible

en cualquier don que el Señor quiera concedernos. La comunidad, igualmente, deberá ser supervisada fraternalmente en el uso de los dones. Es un deber de los que están al frente de los grupos de oración, y ellos tendrán que consultar, más de una vez, a personas que tienen la sabiduría de Dios y el don de discernimiento, sobre todo los pastores a quienes el Señor ha puesto como guías de su Iglesia y ha enriquecido con el don de discernimiento”⁴⁸.

“El remedio para el abuso no es el desuso, sino el uso correcto”⁴⁹.

16. Anotamos, como resumen, la siguiente cita de Tugwell. Es de gran importancia y hasta fascinante, el nuevo campo que se nos descubre a partir del don de lenguas. Pero no es posible ni siquiera, intentar resumir las cuarenta páginas que le dedica. He aquí, pues, la cita:

“Como ha escrito un conocido pastor protestante, Jorge Canty, estamos interesados en muchas cosas, además del hablar en lenguas. No somos, precisamente ‘el pueblo de lenguas’. Sin embargo, el hecho de que éstas se den es significativo para todo el credo cristiano. Pentecostés es más que una renovación carismática (...). Si la verdad es una totalidad, entonces la verdad pentecostal nos ayudará a verla –abrirá nuevos cauces para la unidad del credo cristiano. Si hablamos de las lenguas simplemente como el ‘alfiler real’ de una estructura carismática, nos desviamos de lo que el Espíritu Santo nos está diciendo, a través del encuentro con el Pentecostalismo, porque el hablar en lenguas de los carismáticos no es el centro de una lista de carismas, sino un camino dentro del conjunto de la doctrina cristiana. Su valor (el de los carismas) es muy grande, no porque se consideren importantes en sí mismos, sino porque para los comprometidos

dos en la renovación carismática es el signo que pone al descubierto toda la verdad cristiana.

“Puede resultar, por tanto, que, desde nuestro encuentro con la renovación carismática, no hayamos comenzado a hablar en lenguas. No hay que darle excesiva importancia. Lo que sí hallaremos es que nos encontramos ante un desafío de la integridad cristiana, la totalidad y la cohesividad de la verdad cristiana. Y esto, ciertamente, tiene una gran importancia.

“En este ensayo considero, desde un punto de vista católico, el don de lenguas, no como un fenómeno en sí, sino como parte de un sistema ‘total’ de la práctica y de la creencia cristiana. Este enfoque puede, en mi opinión, conducirnos más allá de los sentimientos evocados por el tópico del hablar en lenguas; y puede, también aclararnos el discernir parte de lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias en nuestro tiempo”⁵⁰.

NOTAS

- ¹ K. Macdonnell, *A Statement of the Theological Basis of the Catholic Charismatic Renewal*, "Review for Religions", 2 (1974) 349.
- ² D. L. Gelpi, *Pentecostalism. A Theological Viewpoint*, Paulist Press, New York, 1971, 1.
- ³ G. B. Guten, *Speaking in Tongues, Historically and Psychologically considered*, New Haven, 1927, 157; cfr. N. Sillamy, *Diccionario de Psicología*, Plaza y Yanés, Barcelona, 1969, "Extasis", 127.
- ⁴ L. Christenson, citado por F. A. Sullivan, *Ils parlent en langues*, Lumen Vitae, 1976, p. 39.
- ⁵ F. A. Sullivan, *Art. cit.*, 43-44.
- ⁶ Card. Suenens, *¿Un Nuevo Pentecostés?*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975, 101.
- ⁷ A. M. de Montléon, o.p., *La experiencia de los carismas*, Edit. Roma, Barcelona 1979, 4.
- ⁸ G. T. Montagne, *The Spirit and the Gifts*, Paulist Press, Toronto 1974, c. 2.
- ⁹ K. Macdonnell, *Charismatic Renewal and the Churches*, Seabury, New York, 1976, 155.
- ¹⁰ P. Fernández, *Renovación Carismática* (Documentación). Secretariado Trinitario Salamanca, 1978, 195. Pudieran multiplicarse las citas de autores muy competentes en la materia que coinciden en la interpretación: J. R. Williams; W. J. Samarin; W. J. Hollenweger; A. Bittlinger; T. I. Jiménez Urresti; H. Mühlen; S. Tugwell...
- ¹¹ J. C. Sagne, *La prière continue et la restructuration de la Personnalité*, "La Vie Spirituelle", 609, 1975; 542.
- ¹² H. Mühlen, *Espíritu, Carisma, Liberación*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1976, 265.
- ¹³ J. C. Sagne, *Art. cit.*, 541.
- ¹⁴ H. Mühlen, *Obr. cit.*, 264.
- ¹⁵ L. Christenson, *El hablar en lenguas*, Logos, Buenos Aires, 1976, 22.
- ¹⁶ F. A. Sullivan, *Art. cit.*, 44. Cfr. H. Mühlen, *Espíritu, Carisma, Liberación*, 265.
- ¹⁷ F. Mascarenhas, *A Gift called Tongues*, New Covenant, Nov. 1979, 25.
- ¹⁸ J. C. Sagne, *Art. cit.*, 540-541.
- ¹⁹ H. Mühlen, *Catequesis para la Renovación Carismática*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1979, 187-188.
- ²⁰ F. Mascarenhas, *Art. cit.*, 26.
- ²¹ Yves M. J. Congar, *I: Je crois en L'Esprit Saint, II: Il est Seigneur et il donne la vie*, Les Editions du Cerf, Paris, 1979; II, 50. Cfr. H. Mühlen, *Espíritu, Carisma, Liberación*, 268.
- ²² K. Macdonnell, *Obr. cit.*
- ²³ H. Mühlen, *Obr. cit.*, 268.
- ²⁴ V. M. Walsh, *A Key to Charismatic Renewal in the Catholic Church*, Abbey Press, St. Meinrad, 1976, 62; S. Tugwell, *Did you Receive the Spirit?*, Darton, Longman and Todd, London, 1975, 72.
- ²⁵ V. M. Walsh, *Obr. cit.*, 62.
- ²⁶ A. Solignac, *Dictionnaire de Spiritualité*, *Art. "jubilatío"*, 8 (974), 1471-1478; Cfr. E. Yon, *Experiencia de l'Esprit et renouveau de l'Antropologie*, "La Vie Spirituelle", 609 (1975), 530.
- ²⁷ R. Laurentin, *Pentecotisme chez les Catholiques*, Beauchesne, Paris, 1974, 96-97.

- ²⁸ S. Tugwell, *Le don des langues d'après le Nouveau Testament*, "La Vie Spirituelle", 600 (1974), 49-62.
- ²⁹ R. Laurentin, *Obr. cit.*, 98.
- ³⁰ E. Yon, *Expérience de l'Esprit et renouveau de l'Antropologie*, "La Vie Spirituelle", 609 (1975), 526-28.
- ³¹ E. Yon, *Art. cit.*, 527-528.
- ³² J. C. Sagne, *Art. cit.*, 544.
- ³³ J. C. Sagne, *Art. cit.*, 550.
- ³⁴ A. M. de Monlèon, o.p., *Obr. cit.*, 45.
- ³⁵ A. M. de Monlèon, o.p., *Obr. cit.*, 65.
- ³⁶ S. Tugwell, *Did You receive the Spirit?*, 72.
- ³⁷ E. Hernández, *Guines para un cursillo práctico de Espiritualidad*. Universidad de Comillas, 1954, 5-7; L. M. Mendizabal, *Dirección espiritual*, BAC, Madrid, 1978, 15-25.
- ³⁸ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, nn. 104, 316, 318, etc.
- ³⁹ S. Tugwell, *Obr. cit.*, 72.
- ⁴⁰ R. Williams, citado por F. A. Sullivan, *Art. cit.*, 37.
- ⁴¹ L. Christenson, citado por F. A. Sullivan, *Art. cit.*, 36-37.
- ⁴² K. and D. Ranaghan, *Pentecostales católicos*, Logos Internacional, N. J., 1971, 167-168.
- ⁴³ *Sacrosanctum Concilium* (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, Vat. II), n. 7.
- ⁴⁴ L. Christenson, *El hablar en lenguas*, Logos, Buenos Aires, 1967, 21.
- ⁴⁵ D. Jaramillo, *El Carisma de las lenguas*, El minuto de Dios, Bogotá, 1977, 54.
- ⁴⁶ R. Laurentin, *Obr. cit.*
- ⁴⁷ K. and D. Ranaghan, *Obr. cit.*, 168.
- ⁴⁸ *Lumen Gentium* (Constitución dogmática sobre la Iglesia), n. 12.
- ⁴⁹ L. Christenson, *Obr. cit.*
- ⁵⁰ S. Tugwell, *The Speech - Given Spirit*, en "New Heaven, New Earth", Templegate Publishers, Springfield, Illinois, 1977, 124.

INDICE

Introducción	5
I. ORAR EN LENGUAS	7
1. Lo que no es este don	9
2. Lo que es el orar en lenguas	13
3. Elemento religioso y sobrenatural	14
II. COMO DISPONERNOS A ORAR EN LENGUAS	19
1. Actitudes	19
2. Condiciones	22
3. En la práctica	26
4. Cómo discernir este don	27
III. CANTAR EN LENGUAS	29
1. Fundamento bíblico	29
2. Descripción	30
IV. BENEFICIOS DE LA ORACION EN LENGUAS	35
1. En lo psicológico	35
2. Beneficios de santificación	41
V. ALGUNAS INDICACIONES PRACTICAS	47
Notas	55

Colección
CARISMA

1. **El Papa y los carismáticos**, Carlos Aldunate, S.J.
2. **¿Renovación carismática?**, Carlos Aldunate, S.J.
3. **La experiencia carismática**
Carlos Aldunate, S.J. y R. Valenzuela E.
4. **La oración carismática**
Carlos Aldunate, S.J. y R. Valenzuela E.
5. **Oración que sana**, Bárbara Leahy Shlemon
6. **Carismas, ciencias y espíritu**, Carlos Aldunate, S.J.
7. **Sana a tu hermano**
Roberto de Grandis, SSJ.
8. **Renovación en el Espíritu Santo**
Salvador Carrillo Alday, M.Sp.S.
9. **Jesús sana por dentro**, Osvaldo Cuadro Moreno
10. **María y la Renovación**
D. Cipriano Chagas, O.S.B. y P. Carlos Aldunate, S.J.
11. **Para que den mucho fruto**, P. Philippe, O.S.B.
12. **Encuentro con Dios**
Carlos Aldunate, S.J. y R. Valenzuela E.
13. **Profundización de la vida en el Espíritu**
P. Philippe, O.S.B.
14. **Transformación espiritual y psicológica**
Carlos Aldunate, S.J.
15. **Escuela de oración**, D. Jaramillo

Colección

“RENOVACION”

1. PLENITUD EN EL ESPIRITU SANTO,
Georgina Gamarra, m.m.
2. AMAR Y PERDONAR,
Roberto de Grandis, s.s.j.
3. ORACION CON JESUS,
Roberto de Grandis, s.s.j.
4. LIBERACION EN CRISTO JESUS,
Salvador Carrillo Alday, m.s.p.s.
5. SANACION DE RECUERDOS,
Hna. Paula Van Horn
6. CRECER EN LA ORACION,
Roberto de Grandis, s.s.j.
7. GRUPOS DE ORACION,
Mons. Alfonso Uribe J.
8. CARISMAS EN LOS GRUPOS DE ORACION,
Robert Michel, o.m.i.
9. RECONOCER EL ESPIRITU,
Jacques Custeau, s.j.
10. LOS SACRAMENTOS,
Briege Mckenna
11. VIVIR CON EL ESPIRITU,
P. Philippe, o.s.b.
12. CONOCER, AMAR Y SERVIR,
Hna. Briege Mckenna

Colección LUZ

- 1. Temas de oración**
C. Aldunate y R. Valenzuela
- 2. Caminos de Salud**
C. Aldunate
- 3. ¿Es Dios tu Dios?**
José Antonio Sierra
- 4. La Biblia fue escrita para ti**
P. Jonás Abib
- 5. Carisma de sabiduría y ciencia**
P. Diego Jaramillo y P. C. Aldunate
- 6. La Iglesia**
P. Diego Jaramillo y P. C. Aldunate
- 7. El Maestro**
Mons. Alfonso Uribe Jaramillo
- 8. El Discípulo**
Mons. Alfonso Uribe Jaramillo
- 9. Nuestra confianza en Dios**
Ralph Martin, P. Diego Jaramillo
- 10. Reconciliación y madurez cristiana**
Jerome Hackenmüller
- 11. La predicación de Jesús**
Beltrán Villegas M.
- 12. Los siete dones del Espíritu Santo**
Juan Pablo II

- 1. ¡Dios mío, necesito algo!**
P. George de Prizio, c.s.c.
- 2. El carisma del discernimiento**
Jacques Custeau, s.j.
- 3. Buscando salud**
Carlos Aldunate, s.j.
- 4. El crecimiento**
Mons. Carlos Talavera
- 5. Alabanza comunitaria**
Benigno Juanes, s.j.
- 6. Orar en lenguas**
Benigno Juanes, s.j.
- 7. Vivamos nuestra confirmación**
Carlos Aldunate, s.j.
- 8. Conversión de Simón Pedro**
Pedro Berríos G.
- 9. Alabaré a mi Señor**
Juan Manuel Martín-Moreno, s.j.
- 10. Sanación interior**
Alfonso Uribe Jaramillo
- 11. Las sectas nos invaden**
Juan Miguel Ganuza, s.j.
- 12. Escuela del perdón**
Diego Jaramillo